

# GUILTY LANDSCAPES

CAST

## Episodio III: Homs

Os invito a leer dos fragmentos de “Regarding the pain of others” (“Ante el dolor de los otros”), de Susan Sontag (2002). No lo tenéis que legar como una explicación, sino como pensamientos que han rodeado nuestro trabajo, escrita mucho antes de que internet se hiciera cargo de los servicios de noticias.

Dries Verhoeven

Pág. 110-112

Aparcados delante de pequeñas pantallas —televisión, ordenador, agenda electrónica—, podemos surfear encima de imágenes e informes breves de desastres por todo el mundo. Parece como si hubiera más cantidad de este tipo de noticias que antes. Eso, probablemente, es una ilusión. Es solo que la propagación de noticias está “por todas partes”. Y los sufrimientos de algunas personas tienen mucho más interés intrínseco para un público (a partir del hecho de que el sufrimiento se reconoce cuando tiene un público) que los sufrimientos de otros. Que noticias sobre guerra ahora se extiendan por todo el mundo no significa que la capacidad para pensar en el sufrimiento de la gente alejada sea significativamente más amplia. En una vida moderna —una vida en la cual hay cosas superfluas a las cuales nos invitan a prestar atención—, parece normal apartar la mirada que, sencillamente, nos hace sentir mal. Muchos más cambiarían de canal si las noticias mediáticas dedicaran más tiempo a los particulares del sufrimiento humano provocado por la guerra y otras infamias. Probablemente, sin embargo, no es cierto que la gente responda menos.

Que nosotros no estamos del todo transformados, que podemos mirar hacia otro lado, cambiar de tema y de canal, no impugna el valor ético de un asalto a través de imágenes. No es un defecto que no nos consumamos, que no suframos *lo bastante*, cuando vemos estas imágenes. No existe la supuesta fotografía que arregle nuestra ignorancia sobre la historia y las causas del sufrimiento que selecciona y enmarca. Imágenes de este tipo no pueden ser más que una invitación a prestar atención, a reflexionar, a aprender, a examinar las racionalizaciones a favor del sufrimiento masivo que ofrecen los poderes establecidos. ¿Qué provocó lo que muestra la foto? ¿Quién es el responsable? ¿Es excusable? ¿Era inevitable? ¿Hay algún estado de la cuestión que hayamos aceptado hasta ahora que tendríamos que desafiar? Todo ello con la comprensión, no puede dictar una manera de actuar.

Pág. 97

La gente no se acostumbra a lo que le enseñan —si esta es la forma correcta para hablar de lo que sucede— por la *cantidad* de imágenes con las cuales la inundan. Es la pasividad la que amortigua el sentimiento. Los estados calificados de apatía, anestesia moral o emocional están llenos de sentimientos; los sentimientos son rabia y frustración. Pero si consideramos qué emociones serían deseables, parece demasiado sencillo escoger la solidaridad. La proximidad imaginaria al sufrimiento infligido a los otros que procuran las imágenes sugiere un enlace entre víctimas alejadas —vistas en primer plano en la pantalla del televisor— y el espectador privilegiado que es sencillamente falso, que es todavía una desorientación más de nuestras relaciones reales con el poder. En la medida en que

La frustración de no ser capaz de hacer nada sobre aquello que muestran las imágenes se puede traducir en una acusación de indecencia por mirar este tipo de imágenes, o las indecencias del modo como imágenes parecidas se extienden..., escoltadas, como puede pasar, por anuncios de emolientes, calmantes para el dolor y vehículos deportivos utilitarios SUV (Sport Utility Vehicle). Si pudiéramos hacer algo en relación a lo que muestran las imágenes, no nos importarían tanto estas conclusiones.

Se ha reprochado a las imágenes que sean una manera de mirar el sufrimiento desde una distancia, como si hubiera otra forma de mirar. Mirando, sin embargo, de cerca —sin la mediación de una imagen— sigue siendo tan solo mirar.

Algunos de los reproches que se hacen a las imágenes de atrocidad no difieren de las caracterizaciones de la propia vista. La vista es fácil; la vista requiere distancia espacial; la vista se puede cerrar (tenemos los párpados en los ojos, no tenemos puertas en las orejas). Las cualidades que hicieron que los antiguos filósofos griegos consideraran la vista el más excelente, el más noble de los sentidos ahora se asocian con un déficit.

Se considera que hay algo moralmente erróneo en la abstracción de la realidad que ofrece la fotografía; que no tenemos derecho a la experiencia del sufrimiento de los otros hecha a una distancia, despojada de su potencia cruda; que pagamos un precio humano (o moral) demasiado alto por estas cualidades de la vista hasta ahora admiradas: apartarse de la agresividad del mundo que nos libera para la observación y para la atención electiva. Eso, sin embargo, es hablar tan solo de la función de la mente en sí.

No hay nada erróneo si retrocedemos y pensamos. Para parafrasear varios sabios: “Nadie puede pensar y golpear a alguien al mismo tiempo”.

sentimos solidaridad, sentimos que no somos cómplices de lo que ha provocado el sufrimiento. Nuestra solidaridad proclama nuestra inocencia, así como nuestra impotencia. Hasta este punto, puede no ser (por mejores intenciones que tengamos) una respuesta impertinente, sino poco adecuada. Dejar de lado la solidaridad que extendemos a los otros asediados por la guerra y por políticas criminales para hacer una reflexión de cómo nuestros privilegios se localizan en el mismo mapa que su sufrimiento y pueden relacionarse —con formas que podemos preferir no imaginarnos— con su sufrimiento, así como la riqueza de algunos puede implicar la pobreza de otros, es un trabajo para la cual las imágenes dolorosas, conmovedoras, aportan solo una chispa inicial.

MUSEU  
NACIONAL  
D'ART DE  
CATALUNYA



Ajuntament de  
Barcelona

GR&C